

Conferencias
sobre
LA FAMILIA

Virgilio Zaballos

Iglesia Betel de TERRASSA
(Barcelona) ESPAÑA

Marzo – 2012

Índice:

INTRODUCCIÓN.....	3
I. PRINCIPIOS BÁSICOS: La familia en el orden de Dios....	5
1. Una nueva manera de vivir	
2. Dios es un Dios de orden	
3. La voluntad de Dios para los esposos	
4. La voluntad de Dios para las esposas	
II. LA COMUNICACIÓN: Complementarse	8
1. Aspectos generales	
2. Hablemos primero con Dios	
3. Vida espiritual compartida	
4. Distintos tipos de comunicación:	
a. Comunicación verbal	
b. Comunicación emocional. Empatía	
c. Comunicación sexual	
5. Resolver las crisis. Sin deudas	
III. LA EDUCACION DE LOS HIJOS.....	16
1. Modelos enfrentados: humanismo y revelación	
2. La educación en la tradición bíblica	
3. La educación en Proverbios: determinación para corregir	
a. El propósito de los Proverbios	
b. Corrige a tu hijo mientras hay esperanza	
c. Instruye al niño en su camino	
d. La necedad está ligada en el corazón del muchacho	
e. Disciplina sobre la base del amor	
f. La trascendencia de las palabras	
IV. RECIPROCIDAD: Compartir los beneficios y las cargas....	27
1. Amor en la base: apoyo y respeto	
2. El perdón y la reconciliación	
3. El evangelio nos une a Cristo para vencer	
CONCLUSIONES.....	30
APÉNDICES.....	31

INTRODUCCIÓN

Al entrar en un tema como este necesitamos posicionarnos. Lo haremos desde una cosmovisión bíblica, la revelación que Dios nos ha dejado en las Escrituras. Al hacerlo debemos saber que tenemos enfrente toda una gama de otras cosmovisiones, ideologías o filosofías humanistas distintas y que se han opuesto históricamente a la voluntad de Dios expresada en la revelación dada a Abraham y su descendencia, el pueblo de Israel, y que nos lleva a su simiente definitiva, el Mesías de Israel, Jesús de Nazaret.

La Biblia nos enseña que el mundo entero está bajo el maligno (1 Juan 5:19); que se le llama el príncipe de este mundo (Juan 12:31; 14:30; 16:11) (Efesios 2:1-3); y que es el padre de la mentira (Juan 8:44). Es homicida y ha venido a robar, matar y destruir (Juan 10:10). Por tanto predomina la mentira, el robo y la muerte. Sin embargo, Jesús ha venido con la vida de Dios, la verdad de Dios, la palabra revelada de Dios, y el camino de Dios.

La familia ha sido y es un objetivo prioritario del reino de tinieblas. Desde el principio ha querido destruirla (esta verdad de base no exime de responsabilidad al ser humano) porque sabe que atacando la célula más importante de la sociedad puede abortar el plan de Dios, que se revelaría a través de una familia y su descendencia. Está profetizado ya en Génesis 3:15. La simiente, un hijo de la mujer, golpearía la cabeza de la serpiente. Esa simiente se canalizó a través de la familia de Abraham y Sara hasta llegar al Mesías, que derrotó al diablo en la cruz del Calvario (Hechos 3:25,26) (Gálatas 3:8). Por ello, la descendencia de Abraham, los israelitas y judíos, han sido perseguidos de forma metódica y constante a través de la historia; así como el nuevo hombre (la congregación de Dios), nacido de la muerte y resurrección de Jesús. Matar niños y destruir la familia ha sido un objetivo prioritario en la estrategia del diablo mediante hombres idólatras e impíos. Lo ha hecho a través de los sacrificios de niños a Moloc en la antigüedad, y mediante el aborto en la actualidad; a través del asesinato directo, (recuérdense los casos del edicto de Faraón en Egipto y de Herodes al nacer Jesús); la infidelidad conyugal, la promiscuidad sexual y mintiendo acerca del verdadero propósito de la familia dado por Dios a todas las generaciones. Desde la caída en pecado (Génesis 3:7-10, 16-21) la familia sufrió el ataque de los ángeles caídos. Su naturaleza de pecado, mentira, muerte y destrucción penetró al ser humano, que dio expresión a esa naturaleza en toda la creación de Dios: Adán le echó la culpa a Eva. Caín mató a Abel. La maldad se extendió tan rápidamente que Dios intervino destruyendo el mundo antiguo (Génesis 6:1-8), excepto a la familia de Noé. Dios salvó una familia con tres hijos y sus tres mujeres. De estas cuatro familias volvería a poblarse la nueva tierra surgida del agua.

Todas las generaciones han tenido sus mentiras acerca de la familia, algunas se han mantenido en el tiempo, como por ejemplo el machismo.

Hoy predomina el feminismo. También se dice que el hombre y la mujer son iguales; que una familia puede ser un hombre y otro hombre; que los padres no deben corregir a sus hijos, sino dejar que crezcan libremente sin limitaciones para que no tengan traumas. Se pone en duda la fidelidad a la mujer de tu juventud. La virginidad. Se valora la promiscuidad sexual; las parejas de hecho, el divorcio, el aborto, la fornicación. En muchos casos se prefiere tener mascotas en casa que hijos. El cuerpo de la mujer se ha convertido en objeto de culto y tener hijos puede estropearlo, por lo tanto pocos o ninguno. La realización personal y laboral es más importante que ser madres. El hombre elude su responsabilidad y delega en la mujer toda la carga de la educación de los hijos. Se potencia la lucha de géneros. La familia para toda la vida es una especie en peligro de extinción. En definitiva, predomina la mentira sobre la verdad de Dios, el creador de la familia.

La familia es una institución divina, ha sido creado por Dios (Génesis 2:7,18-25) (Mateo 19:4,5). Es la base fundamental sobre la que se sustenta la sociedad. Si la familia falla o se deteriora, la sociedad sufre sus efectos.

Cristo es la restauración del individuo, de la vida familiar y de la sociedad. El ha venido a este mundo con el propósito de bendecir a todas las familias de la tierra. Es la simiente prometida a Abraham, enviada para restaurar lo que Adán y Eva rompieron (Hechos 3:25,26) (Gálatas 3:8).

Dios creó un ser humano: Adán. De este fue creada la mujer. Ambos son uno en su origen (Gn.2:21-25). Toda la humanidad ha salido de un hombre y de una persona. La mujer salió del cuerpo del hombre. Después van a salir los hijos del cuerpo de la mujer. Todos hemos salido de Adán. La mujer es ayuda idónea, y ambos complementarios. El desorden del pecado produjo los desequilibrios y abusos que se han vivido después.

En Cristo volvemos a recuperar el orden sin dominio de uno sobre el otro. "Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús. Y si vosotros sois de Cristo, ciertamente linaje de Abraham sois, y herederos según la promesa" (Gálatas 3:28-29). Le pedimos al Señor que abra los ojos de nuestro entendimiento para poder ver Su voluntad para nuestras vidas como familias. Con este propósito hemos preparado el manuscrito que tienes en tus manos.

I. PRINCIPIOS BÁSICOS: La familia en el orden de Dios

1. Una nueva manera de vivir

La Biblia nos muestra la historia de una restauración. Rota la comunicación con Dios por el pecado, la familia vino a ser el lugar donde se manifestó esa ruptura de forma trágica: Caín mató a su hermano Abel y el dolor entró de golpe en el seno de la primera familia. A partir de ese momento necesitamos la gracia de Dios para regresar a la armonía inicial, a la comunión con Dios y con nuestro prójimo en el ámbito familiar.

Hablo a cristianos nacidos de nuevo en primer lugar. En Cristo regresamos al plan original de Dios, y con él la familia recobra la estabilidad y su fundamento de bienestar. Comienza una nueva manera de vivir según los parámetros de la palabra revelada de Dios en las Escrituras. En Cristo somos nuevas criaturas, por tanto, andamos en una nueva manera de vivir. La palabra de Dios nos marca el orden que ha de prevalecer y renueva nuestras costumbres sociales, culturales, políticas o tradiciones familiares heredadas de nuestros padres.

Textos: (2 Corintios 5:17) (Efesios 4:17-24 y 5:22-33) (Colosenses 3:1-3, 18-21) (1 Pedro 3:1-7) (Romanos 12:2).

2. Dios es un Dios de orden

Dios ha colocado un orden en la creación que es imprescindible para que las cosas funcionen y podamos disfrutarlas. Cuando hablamos de orden en el ámbito familiar no estamos pensando en el dominio de unos sobre otros, sino de un orden creacional para que haya armonía como en una orquesta musical.

Según 1 Corintios 11:3 el orden es el siguiente: Dios es la cabeza de Cristo; Cristo es la cabeza del varón; y el varón es cabeza de la mujer.

¿Qué significa ser cabeza? El Padre no ejerció la tiranía sobre el Hijo; ni Jesús ejerce la tiranía sobre el varón. De la misma manera, al hombre no le ha sido dado el derecho de ejercer el despotismo sobre la mujer y enseñorearse de ella. El diablo ha sembrado cizaña en la palabra de Dios y ha mezclado la verdad con mentira, haciendo pasar el resultado por verdad. Generalmente se ha interpretado que ser cabeza es imponerse, mandar, dominar. Sin embargo, ser cabeza es tomar la iniciativa para actuar y ser el primero en proveer, no en recibir. El Padre tomó la iniciativa de enviar al Hijo, Jesús se sometió a Su voluntad libremente y de común acuerdo. Jesús es cabeza de la iglesia y se dio a sí mismo, tomó la iniciativa para entregarse. La iglesia, como resultado de esa entrega de amor, le obedece voluntariamente y por amor. En el caso del esposo debe ser lo mismo. Es la

enseñanza de Pablo en Efesios que veremos más adelante. Por ello se dice en la Escritura que pongamos los ojos en Jesús (Hebreos 12:1-2). El padre de la mentira ha cambiado la verdad de Dios pretendiendo que la voluntad divina es el dominio del hombre sobre la mujer. Y todos aquellos que no han cambiado de naturaleza en Cristo siguen los dictados, en un extremo o en otro, del padre de la mentira y el engaño, incluidos los ámbitos religiosos.

El hombre y la mujer no son iguales, es evidente, somos complementarios.

3. La voluntad de Dios para los esposos

El hombre temeroso de Dios, que vive de la Palabra de Dios, no rehúye su responsabilidad como marido o padre, sino que la afronta sometido a su cabeza, Cristo, para recibir la ayuda necesaria.

El marido debe amar a la esposa como Cristo amó a la iglesia (Ef.5:25-33).

El amor se da a sí mismo. Dios nos amó y nos dio a Su Hijo. El marido ama a su esposa y da su vida por ella, para santificarla... por la palabra... que no tenga mancha, ni arruga, que sea santa e inmaculada (Ef.5:26,27). Eso significa ser cabeza.

El marido tiene la responsabilidad del bienestar de su pareja. Si él mismo vive sujeto a su cabeza, Cristo, entonces puede hacer frente a este desafío.

El marido debe ser el guía espiritual de su casa, el ejemplo para su mujer y sus hijos de cómo debe seguirse al Señor.

Amar a la mujer es amarse a sí mismo (Ef.5:28,29).

La mujer es gloria del hombre. La esposa es gloria del marido (1 Co.11:7).

4. La voluntad de Dios para las esposas

La mujer temerosa de Dios (virtuosa), renovada por la Palabra entiende bien su lugar en la familia. No se trata de aceptar la tiranía machista, ni de ser esclava del marido; se trata de responder a la doctrina del evangelio, la doctrina de la piedad.

La mujer está sometida al marido como al Señor (Ef.5:22-24). La mujer debe respetar al esposo, apoyarlo y complementarlo (Ef. 5:33). Todo lo que hacemos como nuevas criaturas es para el Señor, vivimos para él, lo hacemos para él (Col. 3:17, 23,24).

Dios valora más la actitud del corazón que el aspecto externo; sin embargo nuestra sociedad vive más de la apariencia que de un corazón recto (1 Pedro 3:1-7) (Pr.31:30). El culto al cuerpo es una de las grandes idolatrías de nuestro tiempo. Pensemos, por ejemplo, en la proliferación exagerada de las operaciones de cirugía estética.

Conclusiones

Como esposos y esposas tenemos un gran camino que recorrer. Necesitamos ser luz y sal en la sociedad de hoy, y servir a nuestra generación sin caer en los mismos excesos e infidelidades que los que no conocen a Dios.

Dios nos ha capacitado en Cristo para hacer frente a las presiones y necesidades de todo tipo en las que se encuentra la familia cristiana en nuestros días. Caminemos en Su Palabra.

La familia necesita reunirse para adorar juntos, orar juntos, meditar en las Escrituras juntos y ser guiados por el Espíritu juntos. Nuestra fe debe expresarse en nuestros hogares de forma que seamos modelos a nuestros hijos.

II. LA COMUNICACIÓN: Complementarse

1. Aspectos generales

La comunicación es esencial para el buen entendimiento. Dios nos ha creado con la capacidad de comunicarnos de múltiples formas.

La comunicación nos ayuda a conocer a otros y comprenderlos.

Entre los cónyuges debe haber una comunicación real y transparente. Vivir en luz y en la verdad pondrá bases sólidas en la convivencia.

Debe aplicarse comprensión y empatía para que el diálogo sea fructífero y obtenga resultados positivos. Es necesario percibir las necesidades del otro y apoyarse mutuamente; estos son propósitos básicos del matrimonio.

La corrección es parte de la comunicación, sin embargo deben notarse algunas condiciones: no deben hacerse en público; no deben evitarse para no tener problemas, si dejamos asuntos sin resolver volverán a aparecer más tarde y con mayor intensidad. También es necesario saber esperar el momento cuando la tensión ha disminuido y se pueden abordar con calma y objetividad los asuntos que debemos tratar sin temor.

A menudo nuestras posturas parecen irreconciliables. Ponen en evidencia nuestras diferencias y nos invade la perturbación que ello produce. Debemos saber que somos diferentes, por tanto, encaramos de forma distinta las mismas cuestiones, lo cual no quiere decir, en primer lugar, que seamos incompatibles, sino que debemos complementarnos. Necesitamos aceptar las diferencias y no tratar de imponer nuestro modelo al otro. Debemos llegar a acuerdos cuando las posturas sean opuestas, cediendo unas veces y recibiendo apoyo a las nuestras en otras. Si solo queremos imponer nuestras razones, una y otra vez, llegaremos a la tiranía que oprime y destruye la confianza, por tanto, la comunicación y con ella el hogar.

2. Hablemos primero con Dios

El creyente debe mantener una vida activa de oración y comunicación con Dios. Cuando nuestra vida espiritual está activada aprendemos a hablar y oír de Dios.

Dios es nuestra fuente de recursos. Él ha provisto en el monte Calvario la respuesta a nuestras necesidades. Cuando somos justificados por la fe y alcanzamos la paz con Dios podemos recibir Sus recursos de gracia para nuestras relaciones personales.

De Dios recibimos la capacidad para amar, perdonar, comprender. La abundancia de Su gracia nos capacitará para amar como hemos sido amados; perdonar como hemos sido perdonados; aceptar al otro como hemos sido aceptados, de pura gracia. Por tanto, nuestro éxito siempre comienza en Dios, porque en Él vivimos, nos movemos y somos.

3. Una vida espiritual compartida

La Biblia nos enseña que no debemos hacer yugos desiguales con los incrédulos (2 Co. 6:14). Si los cónyuges comparten la comunión con Dios individualmente, según Su Palabra, podrán compartir un mismo lenguaje y un mismo Espíritu, que hará más fácil la comunicación entre ellos.

Esto no significa que estemos en el mismo proceso de madurez, a menudo vivimos distancias en este sentido, pero partimos de una misma base: compartimos una misma fe, esencial para una buena comunicación. Somos seres tripartitos: espíritu, alma y cuerpo. Por tanto, necesitamos comunicarnos en cada una de estas áreas de nuestro ser. La fe tiene que ver con la comunicación espiritual; las emociones, voluntad y razón renovadas nos permitirán compartir un mismo sentir en muchas cosas; y por último el cuerpo, como miembros entregados para servir a la justicia para santificación, hará que compartamos el mismo pensamiento en muchas de las cosas que haremos.

4. Distintos tipos de comunicación

Ya hemos hablado de la comunicación espiritual que tiene que ver con nuestra relación con Dios y Su Palabra, así como las implicaciones que ello tiene en nuestra vida diaria y de familia. Pero hay otros aspectos de la comunicación muy importantes que debemos conocer.

a. La comunicación verbal. Nuestras palabras producen vida o muerte. Podemos sanar o herir con ellas, y eso especialmente a los que están más cerca de nosotros. Suele ocurrir que la confianza nos lleve a usar expresiones torpes que hieren la sensibilidad de aquellos a quienes amamos. En ocasiones se levanta un abismo de incomunicación entre la pareja, que estando cerca el uno del otro viven muy lejos de una verdadera comunicación. La sociedad de consumo y de la información nos tiene tan ocupados que no nos queda tiempo para escuchar al que tenemos más próximo. Es una paradoja y un desequilibrio que a pesar de las redes sociales, los móviles, los Ipad, internet, correo electrónico y otros artilugios modernos similares vivamos vidas de extrema soledad, especialmente en las grandes ciudades. A veces dedicamos más tiempo y atención a las mascotas que tenemos en casa que a nuestros semejantes. Necesitamos redescubrir el arte de escuchar y hablar. La Biblia nos enseña que todo tiene su tiempo: "tiempo de callar, y tiempo de hablar" (Ecl. 3:7). Por tanto, ese argumento tan moderno: "no tengo tiempo" es falso. Dios dice

que todo tiene su tiempo; debemos aprovechar bien el tiempo; establecer prioridades, y una de ellas es la comunicación familiar. También se nos dice que: "Todo hombre sea pronto para oír, tardo para hablar y tardo para airarse" (Stg. 1:19). Si pensamos en los hijos, también es imprescindible que estemos con ellos en los momentos cuando como padres necesitamos oírles y darles una palabra de aliento para que sigan adelante en confianza.

b. Comunicación emocional. Empatía. No solo tenemos la comunicación verbal, sino también existe lo que se llama el lenguaje no verbal. El que expresamos con nuestras emociones, gestos, miradas, ademanes, etc. Muchas veces no sabemos expresar bien lo que nos pasa en forma de palabras, si tenemos empatía podremos captar los sentimientos de la otra persona sin que tengan que usar todo el diccionario para contarnos lo que les ocurre. La empatía percibe las emociones de la otra persona, conecta con sus sentimientos aunque no los exprese perfectamente en palabras. Es más, podemos anticiparnos al estado de ánimo del otro antes de que nos lleguen sus palabras. Personalmente suelo percibir muy pronto cuando alguno de mis hijos viene a casa con un peso en su alma. Normalmente no espero mucho para saber qué pasa, busco tiempo para escuchar y captar la situación para poder ofrecer ayuda. En el caso de mi mujer es igual. Cuando veo que está nerviosa por algo, que sin decirlo está pidiendo ayuda, procuro atender esas llamadas, aunque ella suele tardar poco en contar lo que le ocurre. A los hombres nos cuesta más expresar nuestras emociones, algunas cosas nos parecen ridículas y no queremos manifestarlas, solemos tardar más tiempo en confesar lo que llevamos dentro.

c. Comunicación sexual. La saturación de sexo en nuestra sociedad nos ha llevado a deformaciones que nada tienen que ver con las relaciones sexuales en su justa medida. El sexo es creación de Dios, por tanto bueno, aunque el pecado y la concupiscencia del ser humano lo ha convertido en muchos casos en lujuria, adicción a la pornografía, adulterio, fornicación, etc. Además, el adelanto en las relaciones sexuales ha hecho que nuestros jóvenes, incluso niños, sean consumidores de sexo impropio que les lleva a una adicción antinatural y nociva. El lenguaje y las imágenes pornográficas en edades tempranas, (y en cualquier otra edad), solo pueden conducir a la masturbación adictiva, la promiscuidad y un asalto de espíritus de lujuria que provocarán ataduras mentales y conflicto en las futuras relaciones de matrimonio. El desorden en este campo solo puede llevar a una sociedad a la degeneración y el abuso. La Biblia dice: "Honroso sea en todos el matrimonio, y el lecho sin mancilla; pero a los fornicarios y a los adúlteros los juzgará Dios" (Heb.13:4). El apóstol Pablo no tiene complejos a la hora de hablar de este tema. Las Escrituras no esconden el sexo como un tabú, pero también nos hablan del orden de Dios en este terreno. Pablo dice que "el cuerpo no es para la fornicación, sino para el Señor" (1 Co.6:13). Todo nuestro ser: espíritu, alma y cuerpo es propiedad de Dios; hemos sido comprados por precio y no nos pertenecemos a nosotros mismos. Debemos

glorificar a Dios en nuestro cuerpo y nuestro espíritu, los cuáles son de Dios (1 Co.6:15-20). La comunicación sexual plena es para el matrimonio, no para la fornicación de fin de semana. El apóstol enseña a los corintios que "a causa de las fornicaciones, cada uno tenga su propia mujer, y cada una tenga su propio marido. El marido cumpla con la mujer el deber conyugal, y asimismo la mujer con el marido. La mujer no tiene potestad sobre su propio cuerpo, sino el marido; ni tampoco tiene el marido potestad sobre su propio cuerpo, sino la mujer. No os neguéis el uno al otro..." (1 Co.7:1-5). Ahora bien, debe haber comunicación, acuerdo, no presión, no coacción, no imposición. El matrimonio y su dimensión sexual no son una licencia para el exceso, sino una parte más de la vida matrimonial, no la vida misma. Pablo vuelve a decir: "Que cada uno de vosotros sepa tener su propia esposa en santidad y honor; no en pasión de concupiscencia, como los gentiles que no conocen a Dios" (1 Tes. 4:3-5). En definitiva, la comunicación sexual en la pareja es una expresión más del amor que los une. Es importante pero no lo más importante. Es necesario y forma parte de esa unión, pero en su justa medida y con el orden y equilibrio que nos muestra la Palabra de Dios.

5. Resolver las crisis. Sin deudas

Es inevitable que en toda relación surjan fricciones. Y no solo fricciones sino crisis, verdaderos conflictos a los que habrá que dar una respuesta correcta para consolidar, sin hipotecas, el buen fundamento de la familia.

Uno de los errores más comunes que cometemos los matrimonios es acumular conflictos en lugar de resolverlos. De esta forma cargamos la cuenta de deudas y la sacamos a relucir en la siguiente discusión.

La máxima apostólica dice: "Airaos, pero no pequéis; no se ponga el sol sobre vuestro enojo, ni deis lugar al diablo" (Ef. 4:26,27). Si mantenemos una raíz de amargura en nuestro corazón perturbará nuestra relación y removerá la confianza. Se ha dicho, con razón, que el hogar puede ser un anticipo del cielo, o por el contrario, un adelanto del infierno.

Si hay algo que hace el evangelio de Jesús en nuestras vidas es darnos la capacidad de amar, perdonar, reconciliar. Si hemos recibido el amor de Dios podemos amar. Si hemos sido perdonados por el Padre en la cruz del Hijo, podemos perdonar a los que nos deben. Y si hemos sido reconciliados con Dios mediante la sangre de Jesús, debemos manifestar ese mismo Espíritu buscando la reconciliación cuando fuere necesaria.

Y cuando hemos perdonado como Dios perdona, no volvemos a echar en cara las decepciones sufridas. Un matrimonio sano no está recordando una y otra vez los fallos del otro. Vivir con deudas pendientes acumula una carga que se hará insoportable a lo largo de la vida. Nuestro carácter se agriará; el tono de nuestra voz será indebido y el desprecio aparecerá

demasiado a menudo. Por ese camino vamos al abismo. Pero a paz nos llamó el Señor. Nuestros hijos recibirán salud viviendo en un hogar saludable.

Ahora bien, la familia recibe presiones de todo tipo. Los conflictos sociales acaban de una u otra forma afectando a la familia, y es allí donde se aglomeran. También es en el seno familiar donde se producen las condiciones necesarias para poder encarar esos desafíos. En la actualidad, con el aumento del paro y la inestabilidad económica se está volviendo a demostrar lo vital que llega a ser el entorno familiar para el ser humano. También generan tensiones que en ocasiones tienen difícil solución. La familia estable será una garantía para hacer frente a esos tiempos de zozobra, cuando vienen las tormentas y los vientos contrarios. Jesús nos dice que un buen fundamento mantendrá la casa en pie en medio del dolor.

²⁴Cualquiera, pues, que me oye estas palabras, y las hace, le compararé a un hombre prudente, que edificó su casa sobre la roca. ²⁵Descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y golpearon contra aquella casa; y no cayó, porque estaba fundada sobre la roca. ²⁶Pero cualquiera que me oye estas palabras y no las hace, le compararé a un hombre insensato, que edificó su casa sobre la arena; ²⁷y descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y dieron con ímpetu contra aquella casa; y cayó, y fue grande su ruina.

²⁸Y cuando terminó Jesús estas palabras, la gente se admiraba de su doctrina; ²⁹porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas (Mateo 7:24-29).

El buen fundamento está en la verdad de Su Palabra estableciendo la vida familiar. Sobre esa base podemos edificar un hogar sólido y estable que afrontará los desafíos de la vida sin desmoronarse. Esto no quiere decir que las cosas serán fáciles; habrá presión, ataques de diversos tipos; golpes duros que nos harán tambalear, pero en Cristo podremos prevalecer. Hay casos en los que la ruptura es inevitable. Contra nuestra voluntad, podemos desembocar en lo que nunca habríamos previsto que ocurriera: divorcios, infidelidades, desengaños, actitudes ocultas, doble personalidad, malos tratos físicos y psicológicos, ruina económica, etc. A pesar de ello, Dios seguirá siendo el defensor de los justos; aborrecedor de la iniquidad; Dios de toda consolación y nos guiará a encontrar una salida para poder soportar.

El Señor ha dotado al ser humano de una capacidad inmensa para poder soportar la presión. En ocasiones vemos ejemplos increíbles de ello. Aunque cuando comenzamos a sufrir nos parece que no sabremos salir de esta. Hoy no está de moda el sufrimiento, la abnegación, el esfuerzo y sacrificio. A los primeros síntomas de dolor corremos al médico para mitigarlo. Eso y la filosofía hedonista, que pone el énfasis en la cultura del placer y el bienestar, han producido una generación débil en muchos aspectos. Y como las expectativas solo están puestas en una vida terrenal y materialista, decimos con los antiguos: "comamos y bebamos, que mañana moriremos". De ahí que en cuánto aparecen algunos problemas familiares muchos optan

por la ruptura rápida, pensando equivocadamente que eso resolverá su dolor y les llevará a una vida de felicidad inmediata; en lugar de luchar, apoyarse, hacerse fuertes en el amor y orientar sus fuerzas a la solución del conflicto en lugar de a la rendición inmediata. No estoy hablando de resignación sin más, sino de valorar las recompensas de una familia que supera las adversidades y enseña a sus hijos a luchar en lugar de claudicar. Eso hará fuertes a nuestros hijos y pondrá un buen fundamento en sus futuros hogares. No debemos conformarnos al sistema de este mundo y su forma de pensar. En las Escrituras encontramos muchos ejemplos de enfrentar presiones y cómo salir de ellas con victoria. Están escritas para nuestra esperanza y consolación (Romanos 15:4). Veamos dos ejemplos.

a. David en los días de su estancia en Siclag (1 Samuel 30:1-8, 18,19). Aquí vemos la tremenda presión a la que fueron sometidos un buen número de familias. Las familias de David y los que con él estaban fueron llevadas cautivas, sus mujeres y sus hijos fueron secuestrados. La ciudad donde vivían había sido quemada. Un día malo, sin duda, en la vida de todos ellos. De repente vino un torrente inesperado que les dejó con lo puesto. La vida puede cambiar de un día para otro de manera trágica. Sin esperar semejante golpe podemos ser azotados por el infortunio y caer en la más densa oscuridad. Dice el relato que "David y la gente que con él estaba alzaron su voz y lloraron, hasta que les faltaron las fuerzas para llorar" (30:4). Aquellos hombres vigorosos, hechos a sí mismos, con fuerte carácter, con gran determinación en la lucha, fueron reducidos a un bocado de pan. Sus fuerzas quedaron paralizadas ante la magnitud de la pérdida. En estos casos rápidamente buscamos un culpable. Parece que orientar nuestra queja y amargura hacia un chivo expiatorio mitiga nuestro dolor y canaliza nuestra ira. Falsa consolación. Los hombres que estaban con David le vieron como el culpable de sus males y dirigieron su dolor hacia él. El hijo de Isaí estaba experimentando el mismo sufrimiento y pérdida; pero a ese dolor se le añadió ahora la acusación de culpabilidad que le adjudicaron sus hombres. "David se angustió mucho, porque el pueblo hablaba de apedrearlo, pues todo el pueblo estaba en amargura de alma, cada uno por sus hijos y por sus hijas..." (30:6). Qué gran error cometemos cuando en medio del dolor por la pérdida buscamos solamente un culpable en lugar de poner nuestro objetivo en la solución. En este caso el acusado de la culpa resultó ser la clave para solucionarlo. Sigue el relato: "... mas David se fortaleció en el Señor su Dios... (30:6) y David consultó al Señor... Y él le dijo: Síguelos, porque ciertamente los alcanzarás, y de cierto librarás a los cautivos... (30:8). Y libró David todo lo que los amalecitas habían tomado, y asimismo libertó David a sus dos mujeres. Y no les faltó cosa alguna, chica ni grande, así de hijos como de hijas, del robo, y de todas las cosas que les habían tomado; todo lo recuperó David" (30:18-19). Aquí tenemos la forma de actuar de un guía. En lugar de hundirse en la desgracia buscó a Dios, el único que puede sacarnos de la desesperación y devolvernos lo que el diablo nos ha robado. Algunos culpan a Dios por sus desgracias en lugar de

saber que es el diablo quién ha venido a matar, robar y destruir. Jesús ha venido a darnos vida y vida en abundancia. El Maestro nos da solución a la aridez, la pérdida y derrota de nuestras vidas sin él (Juan, 10:10). David es un tipo del Mesías. El rey no se centra en las pérdidas sino en las soluciones. La cruz de Cristo ha provisto solución a todos los desafíos de la vida del hombre. Hay victoria en esa cruz para nuestra vida familiar; reconciliación de cualquier desavenencia y el retorno del corazón de los padres hacia los hijos, y de los hijos hacia los padres (Malaquías 4:4,5). Necesitamos una vida de oración y comunión con Dios activada para estar firmes en el día malo y encontrar las salidas para poder soportar (Efesios 6:10-20) (1 Corintios 10:13).

b. El padre de un joven atormentado (Marcos 9:14-27). Aquí tenemos la situación desesperada e impotente de un padre. No me cabe ninguna duda que en ocasiones atravesamos circunstancias que superan nuestra capacidad de solución. No sabemos qué hacer. Peor aún, vemos nuestra impotencia y nos golpea la frustración. Cuando se trata de nuestros hijos somos especialmente sensibles ante su dolor y necesidades. Hay muchas cosas que un padre puede hacer por su hijo, y lo normal es que las haga con satisfacción. Pero en otras siente el frío metal de la impotencia. Nuestros hijos presentan a veces conflictos que no sabemos resolver. Es la situación del padre de este relato evangélico. Su hijo está atormentado por un espíritu mudo que le sacude, le hace echar espumarajos por la boca, le hace crujir los dientes, lo echa en el fuego y en el agua para matarlo y le está llevando a secarse poco a poco. El padre ve como la vida de su hijo se va perdiendo gradualmente. Vive con este drama desde la niñez y no encuentra solución. Por fin lo trae a los discípulos del Maestro pero estos tampoco le ofrecen respuesta definitiva. La fe del padre, que se había animado un poco, se vuelve a hundir en la desesperación. Por fin puede acceder directamente a Jesús. El Señor pregunta al progenitor: "Cuánto tiempo hace que le sucede esto? Y él dijo: Desde niño" (9:21). Jesús ha venido a poner en libertad a los cautivos y sanar a todos los oprimidos por el diablo. A los que a él vienen no los echa fuera. Nadie que ha venido a Jesús ha sido defraudado. Sin embargo, "sin fe es imposible agradar a Dios, porque es necesario que el que se acerca a Dios, crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan" (Hebreos 11:6). Jesús es el Autor y perfeccionador de nuestra fe, por ello necesitamos una fe activada para poder clamar y buscar del cielo las soluciones necesarias en la tierra. Jesús provocó esa fe en el padre del chico. "Jesús le dijo: Si puedes creer, al que cree todo le es posible" (9:23). Esta pregunta siempre es perturbadora. Generalmente tenemos, incluidos los creyentes, una sensación de falta de fe. Aunque Dios dice que ha repartido una medida de fe a cada uno (Ro.12:3); por tanto podemos creer y recibir, a pesar de nuestros sentimientos de insuficiencia. Este padre sintió esta lucha, pero no quiso desaprovechar el momento especial que estaba viviendo delante del Mesías. "E inmediatamente el padre del muchacho clamó y dijo: Creo; ayuda mi

incredulidad" (9:24). Glorioso instante. Sublime momento de máxima tensión y expectativa. "Creo; ayuda mi incredulidad". Este clamor puso en acción al Autor de la vida, conmovido por la angustia de un padre afligido, pero resuelto a no dejar escapar la respuesta del cielo sobre la vida de su hijo. Puedo ver al padre recuperando a su hijo camino de casa, mientras los discípulos del Maestro entran en un dilema teológico acerca de por qué ellos no pudieron echar al demonio. Gracias a Dios por su misericordia para con los hijos de los hombres.

III. LA EDUCACION DE LOS HIJOS

Uno de los grandes desafíos que enfrentan los padres es la educación de los hijos. Como diría el apóstol Pablo, "... y para estas cosas, ¿quién es suficiente?" (2 Co.2:16). Todos, en mayor o menor medida, hemos experimentado alguna vez la impotencia a la hora de educar, instruir o corregir a nuestros hijos. Vemos en ellos, ya desde muy pequeños, la manifestación de la naturaleza pecaminosa, el egoísmo, incluso la maldad que asoma, a la que le damos al principio un tinte de gracia, pero que a la larga se manifiesta como un poder difícil de controlar.

1. Modelos enfrentados: humanismo y revelación

Es una gran mentira que los niños son buenos por naturaleza. Cierta filosofía moderna ha venido a decirnos que el ser humano es bueno, pero que el entorno y la sociedad acaban estropeándolo. Todo se reduce por tanto a un asunto de educación y cultura. Si educamos y culturizamos adecuadamente a nuestros hijos conseguiremos ciudadanos ejemplares. No cabe duda que la educación es fundamental, pero ¿bajo qué bases o principios educamos? Esa es la cuestión. La sociedad moderna impone un modelo laico, basado en los valores de la Ilustración (racionalismo y humanismo) que se extendieron con la revolución francesa, dando la espalda a la revelación de Dios en Su Palabra y extendiendo la filosofía racionalista y humanista: la mente humana como nueva religión del estado. De esta forma, y de manera gradual, la vieja Europa, nacida y creada bajo los cimientos de una cultura griega, romana y especialmente judeocristiana, viene a ser una sociedad alejada de Dios, colocando los avances industriales, científicos y tecnológicos como el nuevo dios. Se ha instalado el relativismo moral que lo invade todo, alejando la ley natural, los valores y verdades trascendentes de la vida pública y enterrarlos en el silencio de la vida privada. Hemos sacado toda manifestación religiosa de los lugares públicos y en su lugar hemos instalado otra religión: el laicismo que emana en gran medida de una cosmovisión masónica, gnóstica y de la Nueva Era. Un sincretismo donde todo vale, cualquier religión está al mismo nivel de utilidad y donde no hay verdades absolutas porque ello colisiona con la gran utopía de la tolerancia y la multiculturalidad, es decir, todas las culturas son iguales, aunque en la práctica unos se dediquen a edificar y otros a destruir. Estos valores son los que nuestros hijos están bebiendo en los Institutos. Los padres no acabamos de comprender bien lo que está pasando y estamos siendo espectadores pasivos de un lavado de cerebro que tiene a nuestros vástagos como principal objetivo. De esta forma se cambia el paradigma de la sociedad, se transforma a generaciones enteras orientándolas lejos de Dios, el Dios de Israel, y de su manifestación en la Persona de Su Hijo, el Mesías Yeshúa.

El resultado de todo esto es que se pretende prohibir por ley predicar el evangelio, salvo en los lugares destinados para ello y decididos por el estado. No se tolera ninguna manifestación religiosa, especialmente la cristiana, para no molestar a otras, especialmente la musulmana. Nuestros gobernantes legislan en contra del cristianismo y a favor del islamismo. Los medios de comunicación, actores y gentes de cultura nunca se atreven a provocar la sensibilidad de los seguidores de Mahoma, pero denigran, desprecian y ridiculizan toda manifestación que tenga que ver con el Dios de la Biblia. El resultado de todo ello cuál es. Una sociedad en decadencia, embrutecida por la inmoralidad, promiscua en lo sexual, sin respeto a la autoridad (padres, maestros, agentes del orden, gobernantes), crisis económicas sin parangón, codicias necias y engañosas, idolatría del dinero, idolatría del ego, superficialidad, la cultura de la apariencia y el culto al cuerpo, debilidad, hijos maltratadores de sus padres. Mientras tanto un ejército de Alá, en forma de emigrantes, con sus mezquitas instaladas sin un mínimo de control por las autoridades, llenan nuestras ciudades invadiéndonos con más de 20 millones en Europa, dispuestos a no respetar las leyes del país de acogida, aprovechando el estado del bienestar, en muchos casos de manera abusiva, y cuya fidelidad primera y última es hacia las leyes del Corán y la Sharia, aunque éstas choquen frontalmente con la cultura o sistema de valores predominantes en las sociedades occidentales. ¡Cómo me recuerda este panorama al de la caída del Imperio Romano! Lo último que he sabido en este sentido es el surgimiento de una "nueva religión" llamada Crislam, que pretende conciliar el dios del Islam con el Dios de la Biblia, diciendo que son un mismo Dios, falso. Alah es el nombre de uno de los muchos ídolos que se adoraban en Arabia antes de la llegada de Mahoma, y el Dios de la Biblia es el Dios de Israel, revelado al pueblo de Israel y a través del Mesías judío, Yeshúa, a todas las naciones.

Bíblicamente hablando, el hombre no es de fiar. Su naturaleza es mala desde la caída en pecado. El pecado le domina gradualmente mientras se va desarrollando en su vida ya en los primeros días de su existencia. De ahí que las sociedades democráticas modernas establecieran la división de poderes para contrapesarlos, y no caer en el abuso, el dominio, y la corrupción innata en el ser humano. Está escrito: "He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre" (Salmo 51:5). "Por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios" (Romanos, 3:23). "La necedad está ligada al corazón del muchacho" (Proverbios 22:15).

Hoy tratamos a los niños como si fueran reyes. Nacen en un ambiente donde son el centro de la atención, el ombligo del mundo; se les trata como señoritos; se usan palabras infladas y desproporcionadas para dirigirnos a ellos: mi vida, mi princesa. Se les procura todas las comodidades posibles ya antes de nacer. Son orientados hacia una vida de placer inmediato. En ese ambiente los niños adsorben un protagonismo desmesurado; sus egos

son expuestos a la arrogancia más necia, y crecen pensando que todos sus caprichos deben ser obedecidos al instante; de lo contrario se enfadan, chillan, se tiran al suelo, patean y gritan hasta conseguir doblegar la voluntad de sus padres a sus apetencias. No se les puede castigar, les causará traumas; así que la Psicología moderna enseña que hay que esperar hasta que se les pase la rabieta, ignorarlos, no atender sus reivindicaciones pero dejar que manifiesten su desacuerdo de la forma más grosera, estúpida y necia que un niño puede expresar. Estos planteamientos y filosofías humanistas, que han asumido en buena medida los propios padres cristianos, se han instalado en la forma de pensar de los hijos de Dios, abandonando los principios del Reino a favor de la ética laica impuesta a golpe de leyes contrarias a la revelación de Dios. Hemos abandonado nuestra responsabilidad de padres y entregado a nuestros hijos para que los eduquen en el colegio y el estado. Esta es otra deformación de la voluntad de Dios expresada en las Escrituras.

Como predomina el pensamiento humanista alejado de Dios, tenemos una generación de jóvenes que nacen y crecen en medio de la incredulidad, ignorando a Dios y Su Palabra; por tanto, alejándolos de la Fuente de vida y capacidad para que crezcan en equilibrio. Tenemos también una generación de padres que han desertado de sus obligaciones, con algunas excepciones, y que, bien por motivos de asimilar la metodología moderna de la enseñanza, o bien por falta de tiempo por la actividad laboral, permanecen ausentes y sin acción en semejante necesidad. En su mayoría son los hombres quienes primero se alejan de la educación de sus hijos, dejando a las mujeres esa carga exclusivamente, con el consiguiente peso sobre sus almas que acaba, en muchos casos, en desequilibrios, depresiones y rupturas.

Como padres cristianos estamos expuestos a caer en un extremo u otro: la permisividad o el autoritarismo. Para no caer en ninguno de ellos, sino mantener una posición equilibrada y que produzca resultados provechosos, debemos saber lo que enseñan las Escrituras sobre este tema y no conformarnos a los esquemas de este mundo y las corrientes que van y vienen en forma de machismo o feminismo.

2. La educación en la tradición bíblica

Las Escrituras nos enseñan que la responsabilidad de la educación de los hijos recae sobre los padres; no sobre los gobiernos; ni siquiera sobre los colegios. En el Decálogo encontramos el primer mandamiento con promesa: "Honra a tu padre y a tu madre, para que tus días se alarguen en la tierra" (Ex.20:12) con (Ef.6:1-3).

Dios enseñó a Israel como a un hijo, el primogénito; y de esa educación recibida a través de la Ley de Dios, todas las naciones y familias recibirían instrucción según la voluntad del Eterno. En Dt.6:4-9 encontramos el

recorrido de esas instrucciones: El Señor es uno. Amar a Dios con todo tu corazón. Estas palabras estarán sobre tu corazón y las repetirás a tus hijos en la vida cotidiana: en la casa, por el camino, al acostarte y al levantarte. Luego Jesús nos enseña que el segundo mandamiento es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo (Marcos 12:28-31).

Podemos resumir en tres apartados la responsabilidad de los padres sobre los hijos: *Enseñar o instruir*. Los padres deben instruir al niño desde la niñez (Pr.22:6). *Disciplinar*. Los padres deben corregir a los hijos, no los hijos a los padres, para que crezcan seguros y protegidos. La disciplina debe ser aplicada en amor, nunca como violencia. Y *amar*. Tanto la enseñanza como la disciplina tienen que tener su punto de partida en el amor. La firmeza y la ternura deben actuar juntas. Para ello los padres necesitamos vivir cerca de la fuente de amor que es Dios.

Incumplir con esta responsabilidad correctamente nos puede conducir a perder a nuestros hijos, y lo que es peor aún, que se alejen de la verdad del evangelio y se rebelen contra Dios. El mal ejemplo de Eli y su pasividad en la corrección de sus hijos es siempre un modelo que no debemos repetir.

El pecado de los hijos de Elí (1 Samuel 2:12-4:22). La historia del sacerdocio de Elí y el mal ejemplo de sus hijos está recogida en los primeros capítulos del primer libro de Samuel. Sin hacer un estudio exhaustivo, si quiero resaltar varios aspectos de este episodio que me parecen relevantes. Se dice que los hijos de Elí eran impíos, y no tenían conocimiento del Señor (2:12). ¿En qué consistía su pecado? En que siendo los hijos del sumo sacerdote aprovechaban su condición de privilegio para sacar beneficio propio. Se estaban enriqueciendo y lucrando de manera impía, por el mal uso de su posición como hijos del sacerdote Elí, y usando la piedad como fuente de ganancia. Todo ello mostraba su ignorancia en el conocimiento de Dios, vivían sin temor de Dios, y provocaban el menosprecio de las multitudes hacia las ofrendas (2:17). Estaban deshonorando a su padre y por supuesto al Dios de Israel ante el pueblo. Esta actitud fue muy desagradable a los ojos de Dios, que decidió desecharlos del sacerdocio y escoger a Samuel. Además se aprovechaban de su situación para ejercer dominio sobre las mujeres que acudían al lugar del sacrificio y conseguían favores sexuales acostándose con ellas (2:22). Hacían pecar al pueblo de Dios con su mal ejemplo (2:24). En todo esto ¿cuál fue la actitud que tomó el padre, el sacerdote Elí? Los corrigió levemente, era consciente de su mal ejemplo y las consecuencias nefastas que acarrearían sobre ellos mismos y el pueblo del Señor. A pesar de ello no fue lo suficientemente firme para poner fin al pecado de sus hijos, por ello Dios le reprendió. Es muy importante entender que Dios pidió responsabilidad al padre del comportamiento de los hijos. No fue suficiente saber que eran mayores de edad. Elí tenía la obligación de corregir lo deficiente en sus hijos y mantener el sacerdocio limpio de iniquidad. La

palabra del Señor llegó a través de un varón de Dios para reprender al padre (2:27-36). Le dijo: "has honrado a tus hijos más que a mí... yo honraré a los que me honran, y los que me desprecian serán tenidos en poco... me suscitaré un sacerdote fiel, que haga conforme a mi corazón y a mi alma..." (2:29, 30,35). Más adelante el Señor habló al joven Samuel sobre su decisión en cuanto a la familia de Elí. Lo que me parece más relevante para nuestro tema fueron estas palabras: "Y le mostraré que yo juzgaré su casa para siempre, por la iniquidad que él sabe; **porque sus hijos han blasfemado a Dios, y él no los ha estorbado**" (3:13). La ligera corrección de Elí a sus hijos no fue suficiente para Dios, especialmente porque su conducta no cambió, y Elí permitió que se mantuviera la iniquidad. A veces los padres nos excusamos con el argumento de que ya le hemos dicho a nuestros hijos que no hagan lo que sabemos es pecado, pero no es suficiente decirlo, la corrección tiene que alcanzar a un cambio de actitud. A menudo decimos a nuestros hijos, cuando son pequeños, que dejen de hacer alguna cosa, pero lo hacemos de tal forma, sin convicción, que ellos mismos captan nuestra falta de firmeza y no tienen suficiente fortaleza para mover su voluntad. Podemos acostumbrarnos a repetirles palabras sin supervisar su obediencia, que acabamos creyendo que por haberlo dicho es suficiente y nuestras conciencias se calman. Pero eso no es suficiente, hay que esperar que nuestras palabras tengan consecuencias y sean obedecidas, de lo contrario estamos hablando al aire y enviamos un mensaje a nuestros hijos que hablamos por hablar, echamos la bronca y ya está. Con ello adquieren la costumbre de esperar a que sus padres olviden el asunto para seguir haciendo lo mismo. Este engaño también opera en nosotros mismos como padres, nos hace creer que estamos haciendo lo que debemos pero no recibimos ningún resultado. En el caso de los hijos de Elí las consecuencias fueron funestas y dramáticas. "Israel fue vencido delante de los filisteos... el arca de Dios fue tomada..." (4:2, 10, 11). Y los hijos de Elí y el padre murieron el mismo día. La mujer de uno de los hijos, Finees, que estaba encinta, al oír lo que había pasado con el arca y que su esposo y suegro habían muerto, se puso de parto, dio a luz un hijo pero ella misma perdió la vida. Su hijo fue llamado Icabod, sin gloria (4:18-22). Todo ello tuvo su origen en la pasividad e indolencia de un padre por no corregir lo suficiente a sus hijos. Por tanto el tema de la educación de nuestros hijos es algo serio.

Cuántas familias están rotas hoy porque sus hijos no han sido estorbados por sus padres en el momento oportuno; han sido flojos, indiferentes o permisivos en la educación de sus hijos; los han dejado en manos de la Televisión, los colegios, los amigos, y cuando han reaccionado los chicos estaban metidos en la droga, en el alcohol, en una vida sexual promiscua y los padres sin saberlo. Despertar de este sueño es algo terrible. Claro que en ocasiones hacemos todo lo posible por proteger a nuestros hijos y ejercemos un control tan hechicero que provocamos el efecto contrario: se

sienten tan oprimidos que están deseando alejarse de nuestro control y desenfrenarse como efecto pendular a nuestra represión contraproducente. Los extremos son dañinos todos. No es fácil encontrar el camino equilibrado en esta responsabilidad, pero nunca debemos soltar a nuestros hijos de tal manera que queden a merced de las corrientes del siglo. Debemos estar cerca sin agobios; supervisarles y atender a las señales de sus estados de ánimo; sin oprimirles ni mantener una actitud de desconfianza continua. Y cuando sabemos que es la hora de pararles frente a nosotros y confrontarles con sus errores, hacerlo con la firmeza y ternura necesarias hasta conseguir los resultados deseables. En estos tiempos no podemos estar ausentes, ni ser pasivos, ni flojos, ni cobardes, especialmente si es el tiempo de la adolescencia. Necesitarán nuestro apoyo, que les oigamos, que sientan que estamos con ellos y que les amamos a pesar de las restricciones que debemos aplicar. Nunca son medidas populares en sus orígenes, pero a la larga darán fruto de justicia. "Ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados" (Hebreos 12:11).

Muchos padres quieren caer bien a sus hijos en la adolescencia, ser sus colegas, comprender todos sus excesos y permitir todo aquello que reclaman los chicos como si en ello les fuera la vida. Pero debemos mostrar madurez para soportar la impopularidad e incompreensión momentánea. Aplicar disciplina es tan costoso o más que recibirla. Si podemos evitar su aplicación escapáremos de ella como de la lepra. No queremos estar en discusiones continuas con nuestros hijos; nos cansamos antes nosotros de corregir que ellos de aceptar la corrección. Si enviamos este mensaje un par de veces, nuestros hijos, que suelen ser muy espabilados en esto, sabrán que con un poco de resistencia y malos humos conseguirán imponer su voluntad; harán rodeos, si es necesario, acudiendo a la comprensión de la madre para romper la resistencia del padre o viceversa.

Pero como todas las cosas tienen su origen, vamos a pararnos ahora en los consejos que aparecen en el libro de Proverbios para evitar muchos de los errores que cuando nuestros hijos son mayores ya no tienen fácil solución.

3. La educación en Proverbios: determinación para corregir

Nuestra base de enseñanza y fuente de sabiduría la tenemos en las Sagradas Escrituras. "Toda Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto (maduro, apto), enteramente preparado para toda buena obra" (2 Timoteo 3:16,17). El mismo apóstol Pablo nos dice en Colosenses 2:8 "Mirad que nadie os engañe por medio de filosofías y huecas sutilezas, según las tradiciones de los hombres, conforme a los rudimentos del mundo, y no según Cristo". Y es que siempre que abordamos el tema de la educación necesariamente chocamos con los planteamientos humanistas de una sociedad postmoderna, que ha escogido

un modelo contrario a la verdad revelada, que la resiste, la combate y denigra con todos los medios a su alcance, para que nuestros hijos sean alejados de la influencia de sus padres y el Estado controle su educación para poder moldear un país ideológicamente. Esta batalla la estamos librando continuamente y no debemos ignorarla.

La cosmovisión del mundo que se enseña en los colegios es básicamente un producto humanista, tiene al ser humano como eje de todas las cosas. Predomina la filosofía materialista que pone su acento solo en lo físico y una vida terrenal, sin conexión con lo trascendente y eterno. Por ello, al entrar en el Libro de Proverbios debemos saber que los principios del Reino de Dios están en oposición a los reinos de este mundo.

- a. El propósito de los Proverbios (1:1-7). "Para aprender, discernir, recibir instrucción (disciplina); para dar a los simples prudencia, a los jóvenes conocimiento y discreción. El sabio oír y crecerá en conocimiento. El inteligente adquirirá habilidad".

- b. "Corrige a tu hijo mientras hay esperanza, pero no desee tu alma causarle la muerte" (19:18 LBLA). "Castiga a tu hijo en tanto que hay esperanza; más no se apresure tu alma para destruirlo" (RV60). Hay un tiempo para cada cosa, también hay un tiempo para la corrección de nuestros hijos, si pasamos ese tiempo puede que lleguemos tarde y perdamos la ocasión de la instrucción. Los expertos en educación dicen de manera unánime que los siete primeros años son el momento de poner las bases de la educación futura. Lo que no hacemos en ese tiempo es mucho más difícil hacerlo después. Sin embargo, la mayoría de padres caen en el error de pensar que corregir a sus hijos comienza cuando tienen uso de razón. Aplazan la disciplina para cuando ya es muy difícil encauzar a nuestros hijos. Por otro lado, se dice en este pasaje que la disciplina no es para destruir al niño. "Muerto el perro, se acabó la rabia" dice el dicho popular. No. Debemos ser diligentes en el tiempo de la corrección, y hacerlo de tal manera que no destruyamos al niño. El apóstol Pablo lo dijo con estas palabras: "Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor" (Ef.6:4).

- c. "Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo no se apartará de él" (22:6). Aquí tenemos un imperativo: instruye. ¿Quién debe hacerlo? El padre y la madre. Como padres debemos obedecer esta instrucción. Se nos llama a la acción, no a la pasividad. ¿Qué camino es este? Para nosotros es el camino de la voluntad de Dios, el evangelio de Jesús. No de hacerlos esclavos de una religión, sino de un camino; Jesús es el camino, la verdad y la vida, por tanto debemos enseñar el camino de Jesús a nuestros hijos. Y eso, desde que son niños.

¿Dónde hay que enseñarlo? En el hogar, en la vida familiar (Deuteronomio 6:4-9). Piensa que en las Escrituras la responsabilidad de enseñar el camino de la vida recae sobre los padres, no sobre las iglesias, escuelas dominicales (gracias a Dios por los que hacen un buen trabajo en estos lugares), pero en primer lugar son los padres los responsables de esta tarea. Recuerda las ocasiones cuando se dice a los hombres en el libro de los Hechos: "Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo, tú y toda tu casa" (Hch. 11:14; 16:15, 31) (Jn.4:53). Mira lo que dijo Dios de Abraham: "Porque yo sé que mandará a sus hijos y a su casa después de sí, que guarden el camino del Señor, haciendo justicia y juicio, para que haga venir el Señor sobre Abraham lo que ha hablado acerca de él" (Gn. 18:19).

¿Cómo lo vamos a hacer? Enseñando las Escrituras a nuestros hijos (2 Tim.3:15); orando juntos como familia; adorando juntos en el hogar; enseñar a obedecer en cada área de la vida y mostrando un modelo de vida de fe a seguir como padres. Sin hipocresía. Sin doblez. El padre debe ser el sacerdote familiar, el pastor de la casa y apoyado por su mujer. En una misma familia puede haber distintos dones entre los cónyuges que harán dinámica esta misión vital para la fortaleza de la familia. En el caso de John Wesley fue la madre, Susana, quién mantenía las disciplinas en el hogar; y muchas madres han sido los vasos que Dios ha usado para bendecir la vida de sus hijos y familias con mayor potencial que el que podría desarrollar el padre de la casa. Otro ejemplo lo tenemos en Mónica, la madre de Agustín de Hipona, uno de los llamados padres de la iglesia, que fue clave en la conversión de su hijo mediante sus oraciones incesantes. El humanismo dice que: "hay que dejar a cada hijo escoger el camino que mejor le parezca, los padres no deben influir en sus decisiones". Qué gran mentira. Lo que los padres viven, hacen, enseñan, valoran o no, es lo que tendrán en cuenta los hijos a la hora de tomar decisiones, aunque no cabe duda que llegará el momento cuando muchas decisiones las tomarán por sí mismos. Los padres deben enseñar a los hijos, no los hijos a los padres. Los hijos deben obedecer a los padres, no los padres a los hijos.

- d. "La necedad está ligada en el corazón del muchacho; mas la vara de la corrección la alejará de él" (22:15). Al leer este texto algunos pueden exclamar hoy, como antaño por otro motivo: "dura es esta palabra; ¿quién la puede oír?" (Juan 6:60). Antes de nada recordemos que lo que acabamos de leer es un texto de las Escrituras. "La necedad está ligada en el corazón del muchacho". ¡Qué golpe para la autoestima modernista! Hoy se enseña que los niños son un encanto, no tienen maldad, son muy listos, nacen con los ojos abiertos y espabilados como nunca. ¿Pero acabamos de leer que la necedad es una de sus características predominantes? Que ser

necios forma parte de su ser más profundo; la necedad está ligada en lo hondo del ser y necesita ser desarraigada ¿cómo? mediante la corrección. Pero ¿cómo? hoy las leyes prohíben darle ni siquiera un cachete en el "pompis". Puede causarle traumas. El niño es muy sensible y podemos marcarle para toda la vida. Sí, hay disciplina que destruye, ya lo hemos dicho antes, pero aquí no se trata de eso; es cuestión de amor, de hacerle sabio, de evitarle que sea repelente, estúpido, mal criado, necio. Porque no hay mayor fealdad que la de un niño consentido y mal criado. Los mayores siempre han dicho que "un azote a tiempo..." No estoy apelando a la violencia doméstica de los padres, de ninguna manera; estoy exponiendo el desorden en el que vivimos. En España hemos ido de un extremo al otro. De la educación autoritaria y violenta a la permisividad más vergonzosa. Los resultados están a la vista. Hoy son los hijos quienes golpean a los padres. El mundo al revés. Son los educadores y profesores los que tiemblan en muchas aulas, mientras los chicos se enseñorean y alardean de su desprecio por la autoridad. Y muchos padres están paralizados, atemorizados, sin saber qué hacer con algunos de sus hijos adolescentes.

La disciplina forma el carácter del niño. Le aparta de la necedad, el egoísmo, la estupidez. En Proverbios se nos dice lo que produce la disciplina bien entendida.

- Es medicina para el malo (20:30).
- Purifica el corazón (20:30).
- Libra de la muerte (23:13,14).
- Da sabiduría (29:15).
- Da descanso a los padres (29:17).
- Da alegría al alma (29:17). Hace que los hijos sean una bendición y no una tortura.

e. Disciplina sobre la base del amor, no el temor o la represión. Dios nos ama y nos disciplina (Hebreos 12:5-8). Es el modelo a seguir. Dios es también amor, y justicia, y santidad. Si el amor no está presente en la aplicación de la disciplina a nuestros hijos no producirá los resultados que se esperan, sino una provocación a la ira, el endurecimiento del corazón y por fin al alejamiento de la vida familiar. La fe obra por el amor (Gá. 5:6). "Padres, no exasperéis a vuestros hijos, para que no se desalienten" (Col.3:21). El amor no es un concepto religioso, poético, humanista, ni tampoco un romanticismo de película americana. El amor es Dios mismo. Y ese amor lo ha derramado en los corazones de sus hijos (Ro.5:5) para que sea su forma de vivir; donde Cristo, a través de Su Espíritu y la verdad de Su palabra, pueda actuar libremente en el gobierno del hogar. El amor es la manifestación de Dios en nosotros cuando

vivimos en el Espíritu, como padres y como hijos. Para entender bien el amor y no ser engañados por los esquemas de este mundo, miremos a Jesús. Para saber lo que es y lo que no es el amor, miremos a Jesús. Jesús es el amor de Dios manifestado en carne y viviendo como hombre en medio de las grandes contradicciones de la vida.

Para disciplinar correctamente se necesita fe y valentía. Fe para depender de Dios y obedecer Su palabra. Valentía para hacer los cambios y ajustes necesarios con determinación en la estructura familiar. Sabiduría para separar el pecado de la persona. Y firmeza para no confundir los sentimientos paternales con la verdad que hará libres a nuestros hijos.

- f. La trascendencia de las palabras. "La muerte y la vida están en poder de la lengua" (18:21). Toda la Biblia nos muestra la trascendencia que tienen las palabras. Dios creó el mundo por la palabra. Somos salvos por la confesión de nuestra boca y la fe del corazón. La lengua es un mundo de maldad que inflama la rueda de la creación, y es inflamada por el mismo infierno. Hay palabras como golpes de espada. Pero también nuestras palabras pueden ser medicina y salud. Todos pecamos de palabra. Por una misma fuente bendecimos a Dios y maldecimos a los hombres que están hechos a su semejanza.

Las palabras de los padres pueden bendecir a los hijos o maldecirlos. Podemos bien-decir o mal-decir. Una mala palabra escuchada repetidamente acaba formando fortalezas en la mente que dirigirá nuestras vidas en derrota. Nuestras palabras forman imágenes y construyen el pensamiento. "Pues como piensa dentro de sí (considera en su alma), así es" (Pr.23:7).

A menudo usamos palabras fabricadas que repetimos a nuestros hijos de manera mecánica sin darnos cuenta del daño que producen. Por ejemplo: "Este niño es muy malo". Esta expresión le afirmará más aún en la maldad. El niño acabará respondiendo a lo que se dice de él. "Eres un inútil y lo serás toda la vida". Esto es una especie profecía que pesará como una losa en sus almas. Un error muy común es la comparación con otros. "Que tonto eres hijo, mira a fulano que listo es". Esto provocará la rivalidad, la envidia y el odio hacia sí mismo, hacia el padre y la persona con quién se le compara. Las comparaciones deforman la identidad personal. Somos personas individuales, únicas e irrepetibles, no soldaditos de plomo.

¿Qué debemos hablar a nuestros hijos? En primer lugar la verdad; la verdad acerca de sí mismo, lo que es y lo que no es. No debemos usar la amenaza, sino la persuasión. Debemos mantener la palabra dada. Cumplir las promesas por pequeñas que sean. Debemos hablar la verdad de Dios sobre sus vidas según Su palabra. Debemos valorarlos como parte del Reino de Dios, son imagen de Dios.

Necesitamos transmitirles la revelación de Dios en cuánto al propósito de sus vidas, al menos hasta donde podemos comprenderlo y orar juntos para que Dios guie sus caminos.

La educación requiere determinación para llevarla a cabo. Precisa que los padres estén de acuerdo y no se contradigan delante de los hijos. Necesitamos actuar con valentía, al margen de nuestros sentimientos paternales, para encarar la desobediencia, rebelión y pecado de nuestros hijos. Debemos saber que han nacido con una naturaleza de pecado. Que viven en un mundo caído bajo la influencia de los poderes de las tinieblas y que la sociedad está orientada hacia la rebelión contra Dios y los principios de Su Reino. Debemos corregir con amor y firmeza, y presentar a nuestros hijos el poder del evangelio para que ellos mismos sean transformados a la semejanza de Cristo. Como padres necesitamos la gracia de Dios para recibir los recursos sobrenaturales y ser modelos ante nuestros hijos, según la voluntad de Dios. Eso requiere nuestra transformación continua y la de ellos a Su semejanza. Si aprenden a obedecer a sus padres tendrán más fácil obedecer al Padre de los espíritus. El hogar es el taller de formación.

No debemos permitir que el diablo robe nuestros hijos. Dios nos ha dado armas para esta batalla. Debemos orar, cubrir con la sangre de Jesús sus vidas para que sean guardados del mal. La educación no es un asunto de "suerte", si nos salen bien los hijos o malos. Debemos dirigir la vida de nuestros hijos en el camino de la verdad hasta que ellos mismos tomen sus propias decisiones. Enseñarles a vivir en victoria en cada uno de los desafíos que encontrarán en sus vidas.

Nuestros hijos son de Dios y para Dios (Ro. 11:36) (Salmos 139:13-16). Han sido llamados para servir a la justicia, no al príncipe de este siglo. Son escogidos en el vientre de la madre con un propósito eterno. Han sido santificados por la fe de sus padres (1 Co.7:14). Los padres somos mayordomos de Dios en relación a nuestros hijos. Somos los responsables de su integración en el Plan de Dios. Nuestra misión es cuidarlos, instruirlos y guiarlos en el camino de la verdad. Se requiere de los administradores o mayordomos que sean hallados fieles (1 Co. 4:1,2) (Lc. 16:10). Uno de los mayores enemigos de nuestra misión es la ausencia del padre en la casa. Un exceso de ocupaciones no es justificación para evitar nuestra responsabilidad. No podemos eludir la misión más importante de nuestras vidas. Recuerda, Dios dijo de Abraham: "Porque yo sé que mandará a sus hijos después de sí, que guarden el camino del Señor, haciendo justicia y juicio..." (Génesis 18:19). Como padres debemos oír las instrucciones de Dios y depender de Él para llevarlas a cabo con nuestros hijos.

IV. RECIPROCIDAD: Compartir los beneficios y las cargas

Cuando Dios creó al hombre vio que no era bueno que estuviera solo, y le dio una compañera. La calificó de ayuda idónea. Es decir, personas complementarias, creadas con la necesidad de reciprocidad. Luego dijo que el hombre dejará a su padre y su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne. Debían compartir los beneficios de la vida familiar, así como las cargas. Tendrían tareas distintas pero complementarias, pensadas en beneficio de la unidad familiar.

Cuando le preguntaron a Jesús cuál era el primer mandamiento de todos, respondió: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón", y el segundo es semejante: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo. No hay otro mandamiento mayor que estos" (Marcos 12:28-31) (Mateo 22:34-40). En estos dos mandamientos se resume toda la ley, porque el que ama cumple la ley. Cuando estos mandamientos están presentes en la vida familiar se experimenta el principio de la reciprocidad. Yo amo y recibo amor. Yo me entrego y recibo su entrega. Yo me esfuerzo y recibo el esfuerzo del otro en otros aspectos. Cuando estos parámetros no se dan entramos en desequilibrios. Uno aporta mucho y el otro poco. Uno trabaja, lucha, se esfuerza y el otro aprovecha su generosidad para abusar de ella o de él y dar lugar al egoísmo. El egoísmo es lo contrario de la reciprocidad y del amor. El egoísmo tiene una sola dirección: uno mismo. La reciprocidad tiene dos direcciones, de ida y vuelta.

La Biblia dice que: "Mejores son dos que uno; porque tienen mejor paga de su trabajo. Porque si cayeren, el uno levantará a su compañero; pero ¡ay del solo! Que cuando cayere, no habrá segundo que lo levante... Y si alguno prevaleciere contra uno, dos le resistirán; y cordón de tres dobleces no se rompe pronto" (Eclesiastés 4:9-12).

Algunos llegan al matrimonio sin entender mínimamente este principio. No entienden que han entrado en un pacto, y en un pacto hay dos partes que actúan recíprocamente. Algunos quieren seguir viviendo como solteros pero con los beneficios del matrimonio. Cuando escogemos una mujer o un marido, renunciamos a otras mujeres y otros hombres. Nuestra relación entra en una dimensión distinta con el otro género.

¿Qué es la reciprocidad? Es correspondencia mutua. Recibir respuesta. Es como cuando enviamos un mensaje SMS y nos responden. Como escribir un email personal y recibir una respuesta personal, no la indiferencia o un acuse de recibo general. Necesitamos aplicar la reciprocidad en diversas áreas de nuestra vida familiar: *en el amor*, (ser correspondidos); *en el uso del tiempo*, (ponernos de acuerdo en los tiempos comunes y los personales); *en los días de sufrimientos*, (cuando toca sufrir y luchar con

abnegación repartir la carga hasta donde se pueda); y *en la responsabilidad con los hijos*, (no dejando todo el peso a la mujer haciendo oídos sordos a las necesidades que debemos compartir).

1. Amor en la base: apoyo y respeto

El amor es la base de una relación de pareja. El amor no es lo mismo que el enamoramiento. Este es apasionado e irracional en ocasiones, además de pasajero en el tiempo. Sin embargo el amor prevalece y dura, es maduro y consistente, no depende de las circunstancias ni las emociones. Tampoco se desmorona ante los defectos del otro, los cubre. El amor cubre todas las faltas (1 Pedro 4:8). El amor verdadero madura con el tiempo, se hace más sólido. No busca lo suyo nada más. No piensa en la gratificación personal sino en el bienestar del otro. Dios es amor y lo ha derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo (Ro.5:5).

El amor se puede enfriar por la indiferencia y la pasividad. Hay que alimentarlo constantemente, confesarlo, manifestarlo y demostrarlo con hechos genuinos.

Cuando el amor no está activado es fácil caer en la falta de respeto, abusar de la confianza y menospreciar al cónyuge ante los hijos o terceras personas. Cuando todo esto ocurre, solo hay un camino para el reencuentro: el arrepentimiento, el perdón y la reconciliación.

2. Arrepentimiento, perdón y reconciliación

Jesús le dice a la iglesia de Éfeso: "Tengo contra ti, que has dejado tu primer amor... arrepíentete y haz las primeras obras" (Apc. 2:4,5). La rutina y monotonía en la vida familiar puede llevar al cansancio y este a creer que ya no hay amor y por tanto comenzamos a pensar en la separación. En muchos casos se trata solo de cambiar una mujer/hombre por otra/otro para caer en los mismos errores una y otra vez. El amor puede y debe rehabilitarse a través del arrepentimiento, es decir, ver en qué hemos fallado, cuándo abandonamos y enfriamos nuestro amor inicial y volver a él pidiendo perdón, aceptando el perdón y siendo reconciliados de nuevo. El amor regresará con fuerza y la relación volverá a nuevos niveles de confianza y fortaleza.

La familia no puede permitirse el lujo de endurecerse; hay mucho en juego para dejarlo en manos de los vaivenes de las circunstancias y los cambios emocionales. No debemos acumular conflictos sin resolverlos adecuadamente. El rencor, la amargura y la desconfianza provocarán un daño tan fuerte que en ocasiones será muy difícil recuperar la relación. Por ello debemos estar atentos a "las zorras pequeñas que echan a perder las viñas" (Cantares 2:15). Un poco de levadura puede leudar toda una masa de convivencia familiar de años en muy poco tiempo (1 Co. 5:6). Si mantenemos la dureza de corazón, la obstinación y el odio, estos acabarán

destruyendo el hogar, y con él el bienestar nuestro, el de nuestros hijos y el de la sociedad.

El diablo ha venido a robar, matar y destruir la familia. La Biblia nos dice que no debemos darle lugar al diablo, sino resistirlo en la fe. Jesús ha venido para darnos vida y vida en abundancia. Ha venido también para destruir las obras de Satanás y el poder del pecado. El ha vencido al mundo y nos ha dado una fe vencedora sobre todos los poderes de la oscuridad, del pecado y de la muerte.

3. El evangelio nos une a Cristo para vencer

Jesús dijo: "separados de mí, nada podéis hacer" (Juan 15:5). Hemos leído antes en el libro de Eclesiastés que "cordón de tres dobleces no se rompe fácilmente". Jesús es la Roca sobre la que nuestras vidas familiares pueden edificarse en victoria...

¿Cómo es posible el amor recíproco? Mediante la aceptación del evangelio de Jesús que nos libera del egoísmo y el individualismo. Dios nos amó y entregó a Su Hijo (Juan 3:16). Cuando respondemos a Su amor podremos amar al prójimo; y nuestro próximo, el más cercano que tenemos siempre es nuestro cónyuge y nuestros hijos.

El evangelio de Jesús es para dar buenas nuevas a los pobres, para sanar a los quebrantados de corazón, para pregonar libertad a los cautivos y poner en libertad a los oprimidos, para predicar el año agradable del Señor (Lucas 4:18-19).

Jesús ha sido enviado para bendecir a todas las familias de la tierra. Es la simiente de Abraham que ha venido para restablecer el propósito de Dios que rompió el pecado (Hechos 3:24-26). Por tanto hay esperanza para la familia. El evangelio es poder de Dios para salvación de toda la familia (Romanos 1:16).

CONCLUSIONES

La primera conclusión que debemos sacar es que no debemos conformarnos al sistema de este mundo (Romanos 12:2) en cuanto a los esquemas sobre la familia. Sabemos que el mundo entero está bajo el maligno (1 Juan 5:19), que él es el padre de la mentira (Juan 8:44), y por tanto ha sembrado de falsedades el propósito de Dios sobre la familia. Debemos renovar nuestros pensamientos y conocer la voluntad de Dios en este asunto de vital importancia. Hemos tratado algunos temas, quedan muchos más.

La segunda conclusión es que el evangelio de Jesús es poder de Dios (Romanos 1:16) para bendecir a todas las familias de la tierra (Hechos 3:25-26). Por tanto, los hijos de Dios debemos ser luz y sal para bendecir a otros.

Y la tercera conclusión es que Dios es el Dios de toda consolación para restaurar las familias rotas. Él es defensor de viudas (mujeres abandonadas o esposos menospreciados) y huérfanos (hijos de padres de separados); y aunque en muchos casos no sea posible la restauración familiar habrá aceite y vino para sanar las heridas de aquellos que han sido golpeados en su bajada de Jerusalén a Jericó (Lucas 10:30-37). El buen samaritano ha venido a sanar a los quebrantados de corazón (Lucas 4:18-19); a dar descanso a los que están trabajados y cargados (Mateo 11:28); a dar vida y devolver lo que el diablo robó (Juan 10:10); a traer una esperanza de gloria (Colosenses 1:27) y mostrar el camino definitivo para ser transformados a su semejanza (Romanos 8:28-29) (1 Juan 3:1-3). Jesús ha venido para quitar nuestros pecados (1 Juan 3:5); liberarnos de su poder (Romanos 7:24-25) y para deshacer las obras del diablo (1 Juan 3:8).

Oramos a Dios Todopoderoso en favor de todas las familias en nuestro medio. "Padre amado, guárdanos en fidelidad; ayúdanos en nuestra tarea con nuestros hijos y a ellos guíales en el camino eterno. Que todo su ser, espíritu, alma y cuerpo sean guardados irreprochables para la venida de nuestro Señor Jesucristo. Fiel es el que nos llama, el cual también lo hará. Amén".

Vuestro en Cristo: VIRGILIO ZABALLOS

Terrassa, (Barcelona) marzo – 2012

APÉNDICES

Apéndice – 1

Testimonio de un hombre del siglo XXI, separado y español

(Nota: Este testimonio lo he recibido mientras preparaba este material. Quiero compartirlo con vosotros porque su aportación me parece muy relevante desde la perspectiva de la experiencia de un divorciado. Conozco personalmente a su autor. Es un hombre cabal. Su testimonio me ha parecido valiente, así como la reflexión que nos hace en este escrito. Ojala que a más de uno/a pueda llegarle a tiempo. Me pidió que dejara su nombre en el anonimato, lo cual respeto expresamente).

La familia es, sin duda, el núcleo más importante de cohesión social y de transmisión de la cultura y las tradiciones de una sociedad. Cuando ésta entra en crisis, la sociedad se resiente en todos los ámbitos posibles: intelectual, económico, moral, social, cultural, etc.

El divorcio, la separación y ruptura de los matrimonios son los causantes del mayor cambio social efectuado en España –y, posiblemente, en todo occidente-.

Por su causa, las familias se han desestructurado, los **niños** han visto violados los fundamentos que les permitían crecer seguros y confiados, alegres y sintiéndose amados e importantes.

Algunas **madres** han tenido que multiplicar sus tareas diarias con doble trabajo, en la casa y fuera de ella para poder sobrevivir; y lo han hecho en los momentos más complicados de sus vidas, con estados anímicos frágiles, angustiadas, con depresiones, con culpabilidad y, habitualmente, con hijos en situaciones de ansiedad.

Los **hombres**, por su parte, pierden el sentido de su vida al alejarse de sus hijos, por los cuales trabajan y viven, y de sus esposas, sea la causa que sea la que les lleve a la separación.

Personalmente he visto decenas de personas, de ambos sexos, iniciar nuevas relaciones sentimentales, retorcidas y motivadas solo por el rencor y el despecho por su nueva situación familiar. Mediante las webs de relaciones en Internet, hombres y mujeres se citan para saciar su soledad y comienzan a fornicar con el mayor número posible de personas, quedando cada día un mayor vacío en sus corazones. Algunos se desenfrenan a tal velocidad que luego les resulta “imposible” volver a la normalidad.

Los hijos son testigos de que los hábitos de sus padres cambian y se relacionan más y más con nuevas parejas, y esto también les afecta

negativamente. Además ellos siempre imitan lo que ven en casa, y por eso, muchas jóvenes empiezan nuevas relaciones impetuosas y rápidamente quedan embarazadas o abortan una y otra vez para no "complicarse la vida". Otros jóvenes comienzan a tener fracaso escolar, social, etc., y una gran mayoría comienza a "chantajear" a sus padres aprovechándose de que están sufriendo por culpa de sus progenitores.

La ruptura familiar afecta también a otra faceta vital del ser humano: la economía. Se duplican gastos -abogados, juicios, dos viviendas, dos vehículos, dos contratos de gas, luz, teléfono, etc.- Habitualmente los hombres menguan sus ingresos pues sus fuerzas son disminuidas y deben hacer, además, aportaciones a sus conyugues y si no lo hacen, son denunciados o amenazados con no volver a ver a sus hijos. La parte que se siente más perjudicada por la ruptura a veces se desahoga lanzando críticas feroces contra la otra parte, a menudo delante de los hijos, lo cual crea tensiones muy difíciles de controlar para los más jóvenes. Cuando los hijos son varones y muy jóvenes suelen tener además tendencias homosexuales cuando quedan bajo la custodia de sus madres y éstas les dan excesivos mimos y les sobreprotegen. Los conyugues que vuelven a casarse o unirse en nuevas relaciones estables, a menudo ven como hay serios conflictos entre su nueva pareja y sus hijos (llegando a darse casos de violaciones, maltrato, etc.) y esto, unido a la intolerancia que produce el dolor sufrido, suele derivar en nuevas rupturas.

Algunos ejemplos reales:

- A) Un domingo fui a comer a un parque en la ciudad de Madrid y, estando dentro de mi coche, observé una gran cantidad de autos ocupados cada uno con un solo hombre, y todos ellos con rostros serios y miradas depresivas. En seguida entendí que todos y cada uno de aquellos varones estaban divorciados o separados; algunos tenían una mirada fría y perdida en el infinito, otros lloraban y alguno, incluso, golpeaba el volante de su vehículo. El espectáculo era dantesco, pero era un fiel reflejo de la sociedad actual. ¿Quién estaba criando a sus hijos? Si bien la mujer sufre desmedidamente y suele quedarse con los hijos y muchas más responsabilidades que el hombre, éste suele vivir situaciones críticas, injustas y sub-realistas, las cuales lamentablemente acaban a veces en muertes violentas, asesinatos y suicidios.

- B) Quiero hacer una reseña en este espacio para recordar las múltiples vejaciones que hacen muchos hombres con sus esposas, pensando que son objetos de su propiedad. Abusos sexuales, imposición de sus criterios por la fuerza bruta, sabiéndose más fuertes en lo físico. De estos casos todos conocemos algunos entre los vecinos y compañeros y muchos por los medios de comunicación y las estadísticas sociales.

La indefensión de una mujer frente al hombre al que amó y que después llega a ser su peor enemigo es una tragedia constante, que afecta también a los hijos. Podría contar aquí varios casos muy cercanos a mí, en los que un marido infantil, cruel y violento, se da a la bebida, drogas, juego, etc. Y termina siendo la causa de la ruina total de su familia.

Además, muchos hombres después de la separación siguen usando el dinero para manipular a las mujeres, y amenazándolas con no pasarlas ninguna ayuda económica.

- C) En el lado opuesto, cada día son más los casos de abusos de la mujer hacia el hombre, producidos casi en su totalidad por las malas leyes en vigor. Recuerdo el caso de un hombre que llegó a un acuerdo de separación con su mujer, y le pasaba una pensión del 70 o 75% del total de sus ingresos. La mujer se quedó con la casa, con la custodia de los hijos y con una buena situación económica. Además él tenía muchísimas deudas pero prefería que sus hijos no se viesen afectados por los errores de los padres y se esforzaba en quedar bien con su ex-mujer. Al poco de separarse sus hijos le dijeron: mamá ha metido un extraño en casa que se pasea en ropa interior todo el día por los pasillos.

Cuando un hombre pasa su vida trabajando para su familia y luego ve que con su dinero otro disfruta de su casa, sus hijos y de la mujer que le juro amor eterno; que otro se tumba en su cama, su sofá y su terraza, su garaje, su jardín, etc. Que sus amigos y parte de su familia van a su antiguo hogar (que él sigue pagándolo) y todos celebran fiestas, vacaciones, etc. Con otro hombre que no es él (pero él sigue pagándolo todo), ésta situación suele acabar en tragedia.

A menudo he escuchado y escucho –cada día más- a varones hablar entre ellos en cafeterías, oficinas, etc., diciendo que en situaciones similares a la anteriormente narrada, ellos actuarían violentamente, pues todos dan por hecho que la justicia les perjudica a ellos, y parece que casi todos han dejado de creer en ésta.

Si las leyes no cambian y dejan de discriminar al hombre, cada año tendremos peores noticias en los casos de violencia de género, pues el varón no sabe sufrir situaciones como la anterior.

Otro punto que quiero resaltar es que, como en un porcentaje altísimo se le da a la mujer la custodia de los hijos y por ello, la vivienda, en muchísimos casos la mujer se aprovecha del marido, sabiéndose beneficiada por la ley.

1. Se hacen chantajes emocionales y se “comercia” con las visitas a los hijos. Si el padre no “paga”, éste y toda la familia de él (abuelos, tíos, primos, etc.) dejan de ver a los niños.

2. Muchas mujeres que han impedido que los hombres vean a sus hijos, al casarse más tarde y separarse también después, se han visto impedidas de ver a sus propios nietos, cuando ellas pensaban que controlaban la situación, pues los jueces han dado la custodia a sus nueras y éstas no las dejan verlos, cumpliéndose el principio de que lo que uno siembra, eso cosecha.

Resumen final

Aun en los casos en que ambos conyugues obran de buena fe, en una separación o divorcio nadie se libra de sufrir, tener ansiedad, angustia, sentimientos de culpabilidad y fracaso. Los hombres y las mujeres nunca serán los mismos, pues romper una familia es como perder un brazo y una pierna a la vez. Uno lucha por adaptarse a la nueva situación.

Los más fuertes sobreviven tras pasar unos meses o años de dificultad, pero nunca dejarán de ver cómo sus hijos anhelan una familia completa con los seres que les dieron la vida, unidos con los de su misma sangre y con los mismos genes y familias. Pero otros no logran superar esta desgracia nunca más y caen en picado hasta la desolación, la locura o la muerte.

Los más perjudicados siempre son los hijos, que además son los que no tienen voz ni voto en estos temas, aunque lo que está en juego son sus hogares, su futuro y su familia. Tarde o temprano esto deriva en rebeldía y desobediencia, en desequilibrios emocionales y temores a la hora de tomar decisiones futuras.

Deseo dejar a las mujeres una reflexión: Ningún hombre te va a dar nada que no pueda darte tu marido actual. Todos nos abandonamos al casarnos; y de ser detallistas y tiernos, pasamos a tomar el mando de la televisión, beber cerveza y engordar sin medida.....**TODOS**, intelectuales, ricos, deportistas, empresarios, artistas, obreros, médicos, informáticos...**TODOS**. ¡Pasamos de ser príncipes a ser sapos! Pero el hombre desarrolla toda su hombría y capacitación solo cuando tiene a su lado a una verdadera mujer virtuosa que le ama, le anima y le respeta. Anda y demuéstrole tu amor como tú sabes, con esos pequeños detalles que le agradan y saca lo mejor de él que es para ti, aquello que un día te enamoró sigue estando en algún lugar de su corazón.

Y una reflexión también para los hombres: Escucha a tu esposa cuando te habla; ayúdala con las tareas de la casa que es de los dos. Vive con la importante misión de hacerla feliz; escúchala para intentar entenderla y a su tiempo, sorpréndela con aquellas cosas que anhela. Si vives para hacerla feliz y no eres áspero con ella, te devolverá con creces todo y serás el hombre más feliz de la tierra. Si la mujer es feliz no buscará cambios en su vida. En definitiva, ámala como ella desea ser amada y sorpréndela de vez en cuando con detalles que sabes que la hacen

ilusión. Recuerda igualmente que aquello que un día te enamoró de ella sigue estando en algún lugar de su corazón.

MI CONSEJO ES QUE SIGUIENDO LAS ENSEÑANZAS DE LA BIBLIA, BUSQUEMOS, ANTES DE CASARNOS, PERSONAS INTEGRAS, JUSTAS, AMOROSAS, RESPETUOSAS, VALIENTES, DIGNAS, ETC., Y NOS APARTEMOS DE YUGOS DESIGUALES, NO FIJANDONOS EN LO EXTERNO, SINO EN LOS ADORNOS DEL CORAZÓN.

UNA VEZ CASADOS Y, CON LA EXCEPCIÓN DE CASOS EXTREMOS (esposo/as alcohólicos, violentos, adúlteros, perturbados mentales), LUCHEMOS POR RESTAURAR LOS MATRIMONIOS PARA EVITAR DOLOR A LOS HIJOS; HABLEMOS, PIDAMOS CONSEJOS SABIOS A LOS PADRES, A BUENOS AMIGOS CON BUEN TESTIMONIO, A HOMBRES Y MUJERES TEMEROSOS DE DIOS.

¡NO TE SEPARES SIN VALORAR TODO LO QUE VAN A PERDER TUS SERES QUERIDOS Y TÚ MISMO/A!

Lo que Dios unió no lo separe el hombre....

Gózate con la mujer de tu juventud.....

El obispo o el diácono sea hombre de una sola mujer, que sepa tener a sus hijos en sujeción.....

La mujer no se separe del marido, pero en caso de separación (como en los ejemplos de arriba), quédese sin casar, pues si lo hace comete adulterio y el que se casa con ella adultera también....

Ahora son un solo cuerpo, así que ya no son dos.....

Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, no da fruto....

El que quiera ganar su vida la perderá, y el que entregue su vida la ganará....

LA BIBLIA ES MUY CLARA EN ESTA MATERIA: EL MATRIMONIO ESTÁ INSTITUIDO POR DIOS Y ES LA MANERA EN QUE DIOS QUIERE QUE VIVAMOS, CREANDO HOGARES ENTRE UN HOMBRE Y UNA MUJER, EN LOS QUE ÉSTOS CRIEN HIJOS Y LES PROPORCIONEN UN LUGAR PERFECTO PARA SU DESARROLLO PERSONAL Y AFECTIVO. A DIOS NO LE AGRADA EL DIVORCIO Y SI ÉSTE FUESE OBLIGADO (POR CAUSA DE FORNICACIÓN), ENTONCES LOS CONYUGUES DEBEN QUEDARSE SIN CASAR DE NUEVO, PUES DE HACERLO, LLEGARAN TODAS ESTAS DESGRACIAS A TODA LA FAMILIA.

Apéndice – 2

Lo que falla en la educación

Nota: El orden es aleatorio, aunque creo que el número 1, la figura del padre, debe figurar entre los primeros.

1. La figura del padre: ausente, pasivo o autoritario.
2. Orden y disciplina de horarios desde la cuna. Poner límites.
3. No controlar la ociosidad:
 - Supervisar los deberes
 - Límites en el tiempo de juegos.
 - Límites al tiempo de la televisión e internet
 - Tareas en el verano
4. Cuando se presenta un desafío resolverlo sin demora.
5. Estar a su lado en los momentos malos. Escucharlos y ayudarlos. Dar la cara en el colegio, supervisar los amigos, etc.
6. Control sin coacción. Dar cuerda y recoger cuerda. Conocer sus amistades.
7. Firmeza y ternura. Disciplina con amor.
8. Cumplir la palabra dada.
9. Amarlos. Cuidar el lenguaje, exteriorizar el cariño.
10. Reuniones familiares. Oración por los desafíos. Exponer la palabra de Dios. Situar los tiempos y etapas de cada momento.
11. Recompensas. Valorar sus logros.
12. Tareas domésticas. Repartir trabajos: hacer la cama, poner la mesa, fregar, limpiar la habitación, etc.
13. Aceptar, reconocer y canalizar las diferencias entre los hijos y amigos de su misma edad.
14. Unidad en los padres a la hora de corregir.
15. Una atmósfera de cariño y respeto en la casa. Que los padres lo expresen entre ellos y hacia los hijos.

16. Ojo a la doblez: doble ánimo, doble alma. Una cara dentro de la casa y otra fuera. Los chicos se dan cuenta de la hipocresía y toman nota.

17. Reconocer los fallos cuando los hemos cometido. Pedir perdón.

18. No permitir las faltas de respeto a la madre, ni al padre y entre los hermanos.

19. Diversidad de castigos: quitar temporalmente la paga, la play, el ordenador, juegos, televisión, móviles, etc. Los castigos tienen que ser útiles y proporcionados. Cumplirlos con responsabilidad. Sin violencia física o degradante. Corregir no es violencia. Dios al que ama disciplina y lo trata como hijo. El que evita la disciplina a su hijo aborrece. Es necesario el dominio propio.

20. Enseñarles las disciplinas espirituales: lectura de la Biblia continuada, la oración, el perdón, congregarse. Ser creativos y dinámicos al hacerlo. Usar libros edificantes.